

Prólogo

"El genio que sabe su oficio está sucio y lleno de polvo, es soñador y distraído, siempre a punto de caerse al pozo a fuerza de mirar a la luna".

Eugenio Battisti¹.

"Se ve bien teniendo el ojo lleno de lo que se mira".

Eduardo Chillida².

Alonso de Vandelvira fue un arquitecto español que vivió a caballo entre los siglos XVI y XVII, nacido en Úbeda, provincia de Jaén, en 1544. Alonso es conocido por la posteridad básicamente por dos hechos: ser hijo de uno de los más grandes arquitectos que ha dado la historia de España, y del arte occidental si cabe, y haber escrito un tratado de Arquitectura de gran influencia posterior, que, si bien actualmente el original se encuentra perdido, su contenido se conoce por dos copias manuscritas realizadas por otros arquitectos coetáneos.

Ya en el siglo XXI, yo soy otro arquitecto, más modesto, nacido también en Úbeda, y presumo de singulares coincidencias vitales con el citado Alonso. Ambos somos descendientes de castellano-manchegos por las dos ramas familiares; ambos hemos participado del hecho constructivo desde abajo, como peones en las obras familiares, y más tarde fuimos primero aparejadores y luego arquitectos. Ambos fuimos a estudiar a Sevilla y posteriormente fijamos allí nuestra residencia. Ambos hemos trabajado profusamente en la provincia de Cádiz, y quién sabe, yo aún podría terminar mis días residiendo en esta bella provincia andaluza. En fin, como se suele decir, el mundo (en este caso el tiempo) es un pañuelo.

Imbuido desde mi niñez en el ambiente artístico ubetense, donde el buen arte renacentista impregna cada pequeño rincón de su casco urbano, y con una población culta y consciente de la propia grandeza de su ciudad, yo no podía de otro modo que tener como pasión la historia del arte, más concretamente la historia del arte renacentista y en particular la figura insigne del arquitecto Andrés de Vandelvira.

En mis investigaciones, más bien caseras, sobre todo de campo y de ávida lectura de todo lo publicado, tanto para el público en general como para el especializado en Historia del Arte y de la Arquitectura, pero con poco buceo en los diferentes archivos históricos, he ido bosquejando el esquema de una tesis doctoral sobre el uso que el arquitecto Andrés de Vandelvira hizo de la perspectiva. Este embrión de tesis partió de un dato que siempre me llamó mucho la atención, y sobre el que, extrañamente, poco o casi nada se había investigado. En el inventario de bienes que acompaña a su testamento, realizado pocos días

antes de su muerte, Andrés de Vandelvira afirma tener "otro libro de prespetiva de sebastiano"³. Obviamente, se trata de "Il secondo libro di prospettiva di Sebastiano Serlio Bolognese", publicado por primera vez en Venecia en el año 1545⁴.

Cuando llegó el momento en el que la fase de investigación parecía no dar más de sí, yo no terminaba de decidirme a dar el paso definitivo de iniciar la redacción de la tesis doctoral, arguyendo vagas excusas ante las presiones insistentes de mi familia. Según decía, "¿para qué quiero un doctorado si no me tira la docencia?", o "en casa del herrero, cuchillo de palo". A mi padre, que es maestro de escuela, jubilado jubiloso, no le ha salido ningún descendiente que quiera seguir sus pasos.

Sin embargo, a finales del año 2007 ocurrió un hecho trascendental que trastocó de forma tajante todos mis indecisos planes. Un día de noviembre recibí en mi estudio sevillano un voluminoso sobre a través de una agencia de mensajería, en el que como remitente aparecían únicamente las siglas ADV. El sobre contenía un manuscrito sin encuadrinar, en tamaño folio, de apariencia antigua aunque bastante bien conservado, dentro de un portafolios cuidadosamente cerrado con dos cintas atadas mediante sendos lazos. El sobre también incluía un folio suelto, moderno, en formato A4, plegado por su mitad, en el que con grandes letras mayúsculas escritas con bolígrafo azul se podía leer este rotundo mensaje: "HA LLEGADO LA HORA". Su aspecto, en cambio, era el de haber sido escrito ese mismo día. Traté de averiguar algo sobre el remitente llamando a la empresa de mensajería, aunque nadie supo darme ningún dato o razón del mismo, salvo que la persona que entregó el sobre en una agencia de la propia ciudad de Sevilla dijo ser empleado de una empresa llamada ADV y tenía acento sudamericano. Consultadas las páginas amarillas, los datos de la empresa aportados (nombre, dirección y teléfono de contacto) resultaron ser falsos, no existiendo empresa o persona alguna que respondiera a los mismos; incluso llegué a personarme en la dirección indicada en el sobre en un último intento de confirmar la autenticidad del remitente, pero esa dirección no correspondía con ninguna empresa con tal nombre.

Cuál fue mi sorpresa al abrir y hojear el manuscrito y constatar lo que aparentemente parecía ser: un relato autógrafo del propio Alonso de Vandelvira, narrando unos hechos sorprendentes vividos por él mismo, acaecidos a finales del año 1595. La comprensión del texto era difícil en algunos momentos; el lenguaje, algo enrevesado y confuso casi siempre; la letra, sin embargo, elegante y de fácil lectura. Su título estaba en latín, *SOMNIVM IACOB* aunque era fácilmente traducible: El Sueño de Jacob.

Hojeando el manuscrito, se podía observar que incluía abundantes dibujos, no insertos en el texto, sino como páginas sueltas intercaladas, lo que hacía pensar que pudiera tratarse de los dibujos originales que se citan en el manuscrito, realizados tanto por la propia mano de Alonso como de la su hijo Juan, coprotagonista de la narración. Los dibujos estaban realizados a plumilla.

Una vez leído todo el manuscrito, y a la vista del sorprendente contenido

del mismo, la tesis doctoral en ciernes pareció quedar ciertamente obsoleta y fuera de lugar ante las evidencias palmarias reflejadas en sus páginas. Entendí que debía olvidarme, dejar a un lado, la tesis doctoral y centrar mis esfuerzos en la publicación de dicho manuscrito, para llevar a cabo el encargo que indirectamente daba a entender el mensaje del folio suelto que lo acompañaba. Sin embargo, el manuscrito se merecía a todas luces algo más que una mera transcripción. La profusión de datos aparentemente reales, algunos de ellos fáciles de contrastar, otros no tanto, y otros de imposible verificación, al menos así lo entendía, me invitaban a realizar un estudio a fondo del mismo, un estudio histórico y de documentación, que pusiera en valor los datos que en muchos casos se aportan por el autor casi de pasada, como no dándoles importancia. Esta tarea, en un principio ardua y pesada, paulatinamente fue convirtiéndose en toda una apasionante aventura, casi podría afirmarse que similar a la vivida por los dos protagonistas del manuscrito.

Muy desde el principio me surgieron algunas preguntas que no supe responder. ¿Por qué fui yo el elegido para llevar a cabo esa misión tan importante? No me consideraba la persona más indicada para llevarla a buen término. ¿Tuvo la elección algo que ver con las investigaciones que para mi tesis estaba realizando? Si fuera así, ¿cómo habían trascendido esas investigaciones? Y lo que es más importante, ¿quién o quiénes eran las personas que se habían interesado por mí y me habían elegido? Aunque parezca increíble, el propio manuscrito ofrecía respuesta a alguna de esas preguntas, aunque solo fuera parcialmente, con más de cuatro siglos de antelación.

El libro que el lector va a comenzar a leer consiste en la transcripción íntegra del texto del manuscrito de Alonso de Vandelvira, siguiendo los criterios ortográficos habituales en estos casos, modernizando la puntuación y la acentuación, corrigiendo el uso de las mayúsculas, completando las abreviaturas, y adaptando en algunos momentos el lenguaje de Alonso para facilitar la comprensión del lector actual, sobre todo en los temas más técnicos. Las citas en otras lenguas las he mantenido tal y como aparecen en el manuscrito, traduciéndolas en notas a pie de página. Muchas de ellas, aunque no todas, las traduce el propio Alonso; a veces siguiendo traducciones publicadas que pudo manejar mientras escribía el libro; en otros casos según sus propios criterios o de alguien cercano y de confianza al que pudiera consultar. En algunos de estos casos, los errores gramaticales y semánticos suelen ser tan abundantes que me he permitido la osadía de corregirlas e incluso sustituirlas por otras traducciones, aunque sean más modernas, para facilitar su compresión*. Además, para facilitar la lectura, he incluido dentro del texto la reproducción facsímil de todos los dibujos que aparecen en folios sueltos intercalados entre las páginas del manuscrito. He añadido al final de libro abundantes notas y comentarios para aclarar algunos conceptos que pudieran ser evidentes para un lector de los siglos XVI y XVII, pero no tanto desde el punto de vista actual, metidos de pleno en el siglo

* En estos casos, se indica en la nota la traducción moderna utilizada.

XXI. He intentado contrastar todos los hechos que se cuentan y documentar los personajes secundarios que aparecen citados, de acuerdo con los datos históricos conocidos. De casi todos ellos he podido comprobar que existieron realmente y que vivieron en la época en que transcurre la narración. Incluso de algún personaje en concreto, aunque parezca algo imposible, he podido verificar fehacientemente que se encontraba en el lugar exacto y el momento justo que Alonso indica en la narración. He comprobado todos los datos, análisis y descripciones de edificios que aparecen, confirmando sus conclusiones, incluso aquellas que para el especialista en Historia del Arte e Historia de la Arquitectura puedan parecer inéditas. La mayoría de aquellos pueden ser comprobados *in situ* hoy día con una simple visita a los monumentos o lugares reflejados (se lo recomiendo vivamente) o bien consultando la abundante bibliografía disponible sobre historia del arte del Renacimiento, de Úbeda, de Andrés de Vandelvira o incluso las numerosas guías turísticas y artísticas de la ciudad de Úbeda, además de las de Jaén, Sevilla y otros lugares por los que transcurre la acción o son citados frecuentemente en el manuscrito. Otros monumentos o lugares ya han desaparecido desgraciadamente y solo la imaginación y en algunos casos los escasos datos históricos o arqueológicos proporcionan alguna pista sobre si realmente eran como se describen en la narración.

Para terminar, si existen libros que tienen que ser leídos en un lugar concreto para poder captar todo su contenido y sentir lo que sienten sus personajes, éste es uno de ellos. Este libro casi exige ser leído en la asombrosa ciudad de Úbeda, paseando por sus calles, sentado en los bancos de sus plazas y siguiendo los pasos de los dos protagonistas, o más bien acompañándolos, por todos los edificios y lugares por los que deambularon en aquellos lejanos días de octubre y noviembre de 1595. Así lo certifica su “*primer lector*”, título que orgulloso me arrogo, pues así lo hice. El poder repetir, paso por paso, todos los datos por el hijo y el nieto de Andrés de Vandelvira en su última estancia en la ciudad de los cerros, sorprenderse con los mismos descubrimientos que ellos realizaron; en resumen, poder llevar a cabo la misma investigación de los protagonistas más de cuatro siglos después le hará sentirse al lector como un Indiana Jones salido del celuloide, de carne y hueso, si bien menos ajetreado, sin necesidad de usar el látigo ni realizar piruetas acrobáticas; o mejor aún, como un moderno Howard Carter traspasado mágicamente desde las orillas del Nilo a las del Guadalquivir. Cuando finalice la lectura, el lector comprenderá que una ciudad como Úbeda haya podido ser definida como “*Dama de Sueños*” y “*una ciudad extraordinaria, única, distinta; una ciudad que sueña y hace soñar*”⁵.

El desenlace de la narración puede parecer sorprendente; puede que sea realidad o tan solo un sueño. No obstante, antes de la publicación del libro he comunicado el contenido del mismo a las autoridades locales competentes, para que tomen las medidas al respecto que consideren oportunas. Por si acaso.

“Llegó a mis manos hace poco una obra nueva y admirable de Polifilo (pues éste es el nombre que lleva el libro), el cual, para que no estuviera más tiempo en el silencio y en las tinieblas, sino que se transmitiera oportunamente a los mortales, he cuidado de que se publicara e imprimiera a mis expensas. Pero para que este libro, carente de padre, no parezca un pupilo sin tutor ni patrocinio alguno, te hemos elegido como su patrono, para que pueda ir con tu nombre con la cabeza bien alta y para que lo uses a menudo como compañero en tus estudios y tu grande y rica cultura, sirviéndome a mí al mismo tiempo como ministro y mensajero del amor y el respeto que te tengo”.

Leonardo Grassi de Verona a Guido, ilustrísimo Duque de Urbino*.

* He querido incluir esta cita, tomada del proemio que se incluye en el libro de *El Sueño de Polifilo*, por lo ilustrativa que es del encargo del que he sido objeto. Supongo que aquí alguien me ha asignado el papel de Leonardo Grassi. Acepto agradecido el encargo, y como los tiempos han cambiado, ya no necesitamos a ningún ilustrísimo duque (al menos así lo espero) para sacar el manuscrito de *El sueño de Jacob* del silencio y las tinieblas en las que se ha encontrado, aunque haya sido voluntariamente, durante casi cuatro siglos. Por tanto, como patrono y tutor del libro, he elegido al verdadero inspirador del mismo: el arquitecto Andrés de Vandelvira. La traducción al castellano de esta cita, y de todas las demás citas de *El Sueño de Polifilo* que se incluyen en el manuscrito de *El Sueño de Jacob*, se ha tomado de la única traducción al español existente, CONNNA, F.: *Sueño de Polifilo*. Traducción literal y directa del original aldino, introducción, comentarios y notas de Pilar Pedraza (dos tomos). Murcia, 1981.

Prefacio

“Impero che questa amplissima structura sencia fallo excede la insolentia Aegyptica. Supera gli merauegliosi labyrinthi. Lemno qesca, Theatri samutiscano, Non si aequa il dignificato Mausoleo, Perche questo certamente non fue intenso da colui, che gli septe miracoli, ouero spectacoli del mondo scripse, Ne unque in alcuno saeculo, ne viso, ne excogitato tale, Silendo etiam el sepulchro mirabili di Nino”.

Hypnerotomachia Poliphili^{*}.

“Para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes”.

Fray Juan de la Cruz⁶.

Sean todos cuantos este libro vieren, en el nombre de Dios Padre Todo-poderoso, que yo, Alonso de Vandelvira, arquitecto nacido en la muy noble y muy leal ciudad de Úbeda, contando ya con ochenta y un años de edad y estando, con la ayuda de Aquel, en pleno disfrute de mis facultades físicas y mentales, por cierto algo más de las últimas que de las primeras, pues si como decía el poeta todo lo roba la edad, aún no ha querido arrebatarme la memoria⁷; juro solememente ante el Altísimo que todo lo que contienen las páginas que siguen ocurrió en la realidad, que los hechos narrados

^{*} *“Porque esta amplísima estructura sobrepasa sin duda la insolencia egipcia, supera los maravillosos laberintos; calle Lemnos, enmudezcan los teatros, no se le iguale el alabado mausoleo, porque esta obra sin duda no fue conocida por el que describió los siete milagros o maravillas del mundo, ni nunca en siglo alguno se vio ni imaginó cosa semejante ante la cual hay que guardar silencio incluso en el admirable sepulcro de Nino”.* La *Hypnerotomachia Poliphili*, conocida en España como *El sueño de Polifilo*, se publicó por primera vez en Venecia en 1499 en la imprenta de Aldo Manuzio, y está escrito en lengua toscana. La versión que leyó Alonso de Vandelvira, es sin duda, el propio original aldino, que según nos cuenta él mismo más adelante, se encontraba en la biblioteca del deán Fernando Ortega en su palacio ubetense. En las fechas en las que se escribe el manuscrito, podría haber consultado la reimpresión llevada a cabo por los hijos de Manuzio en 1545 o incluso la edición francesa de 1546, pues Alonso debía leer el francés con cierta facilidad, no siendo el primer libro en francés que manejara como puede deducirse de su primer manuscrito. Gran parte de las citas que Alonso realiza de este libro las reproduce en la lengua original toscana, cometiendo a veces errores, sobre todo en la acentuación y la puntuación, de cierta complejidad. En la transcripción se han respetado esos errores. Aunque sin duda conoció su nombre, Alonso respetó en todas las citas el anonimato (a medias) que se impuso el autor del *Sueño de Polifilo*. Por una vez, hagamos lo mismo. C. F: *Sueño de Polifilo*, p. 29.

sucedieron ciertamente tal y como se cuentan, por muy sorprendentes que puedan parecerle, desconocido lector, hace ya casi treinta años, allá por el año de Nuestro Señor de 1595, cuando aún reinaba en España Su Majestad don Felipe II, que en gloria esté, y Su Santidad Clemente VIII hacía ya tres años que ocupaba la cátedra de San Pedro⁸.

En aquel venturoso año, habiendo transcurrido otros veinte más desde el fallecimiento de mi señor padre, acaecida allá por la primavera del año 1575⁹, tuve noticia de un extraño hecho que aconteció inmediatamente después de su muerte, y que a pesar de haber convivido con él la mayor parte de mi vida mientras perduró la suya, desconocía por completo.

A ti, futuro y desconocido lector, si es que algún día consigues leerlas, puede parecerle que los hechos narrados son fruto de la ilusión o de la imaginación, imágenes irreales de un sueño como el que reza en el título que le he puesto a la narración: "*SOMNIVM IACOB*", que traducido de la lengua latina al castellano quiere decir "*El sueño de Jacob*"*. Estas dos palabras pueden considerarse como las últimas que me dirigió mi señor padre, pues las escuché, por boca de otro, a los veinte años de que hubiera fallecido. No lo creas. Tampoco debe influirte el hecho de que al final de la narración sea otro sueño, o algo parecido, el que aporte la última y definitiva pista necesaria para desvelar el misterio. Como ves, un sueño inicia este prefacio, otro el enigma y un tercero lo cierra aportando la clave para resolverlo. Y ahora que lo pienso, entre ellos aparecen más sueños... ¡No, desengáñate, lector! En este libro, solo la ciencia¹⁰ que conlleva el sabio ejercicio del noble arte de la Arquitectura ha sido la que ha alentado todos los pasos dados y escalones ascendidos en el desarrollo de la investigación que llevé a cabo por aquellos días en la ciudad que me vio nacer: Úbeda. Allí fui, acompañado de mi tercer hijo, Juan de Vandelvira, hoy día también arquitecto, como su padre, su abuelo y su bisabuelo¹¹, que por aquel entonces ya había iniciado su formación como cantero a mi lado. Fuimos los dos a la ciudad

* En un principio, con mis conocimientos de latín, que no pasan más allá de un curso de bachillerato, llegué a dudar sobre si el título de la narración de Alonso de Vandelvira contenía un error gramatical, debiendo titularse *SOMNIVM IACOBI*. Sin dudarlo achaqué esta falta tan evidente y transcendental a que esas palabras, como se verá más adelante, fueron pronunciadas en un momento de “alta tensión emocional” en el que no se estaba para muchas exquisitezas lingüísticas. Quizás, a que aquel que ideó esa clave no fuera un experto en gramática latina. Otra posible explicación que yo me daba era que en realidad esas palabras parecían estar tomadas directamente del título del pasaje del Génesis según la Biblia Vulgata: “*Somnium Jacob in Bethel*”. Parecía lo más lógico culpar a San Jerónimo del error ortográfico. En mi fuero interno, dudando si corregir o no el título en latín, pensaba: ¿podría Alonso saber que estaba escribiendo mal el título de su narración y sin embargo mantenerse conscientemente en el error? Este razonamiento me llevó a mantener finalmente en la transcripción del manuscrito ésta algo más que una falta gramatical. Sin embargo, todo este magnífico discurso se fue al traste cuando consulté a un experto latínista, que me aclaró que es correcto no declinar en latín los nombres propios provenientes de otras lenguas. De este modo, en general, cuando en un texto aparece Iacob, sin declinar, se entiende que se está haciendo referencia al tercer patriarca hebreo, mientras que si aparece Iacobus-i la referencia es al apostol Santiago, o a cualquier otra persona cuyo nombre derive de este santo. Así lo hace la Biblia Vulgata, declinando el nombre de los dos Santiagos, apóstoles de Jesús.

de Úbeda para escuchar lo que la Arquitectura nos quería decir. Era la Arquitectura la que hablaba, únicamente la Arquitectura, y sólo conociendo a fondo su lenguaje, pudimos finalmente descifrar el verdadero y posterior mensaje que mi señor padre quiso transmitirnos. Espero haber sido capaz de traducirlo en palabras sencillas que cualquier persona no iniciada, sin ánimo de ofenderte docto lector, pueda comprender, para mayor asombro de su extraordinario contenido y universal admiración hacia la persona que lo dictó, letra a letra, piedra a piedra.

Treinta años han pasado ya desde aquel extraordinario viaje, treinta años durante los cuales la vida ha continuado normalmente. Durante estos años, además de diseñar y construir edificios de toda clase y condición en el honrado desarrollo de mi profesión, me he volcado, por todos los medios a mi alcance, en la tarea de ensalzar la insigne figura de mi señor padre. Por cierto, no dejo de hablar de él y aún no he mencionado su nombre. Amigo lector, si me permites la confianza, tengo el gran honor, si es que aún no lo sabes, de ser el hijo mayor del gran arquitecto Andrés de Vandelvira, que nació en la villa de Alcaraz en 1505 y murió en Jaén en 1575, que en paz descansé. Ciertamente que mi padre, Andrés de Vandelvira, debería ser considerado como el maestro de Arquitectura más importante entre los de su tiempo. En sus setenta años de vida física y más de cincuenta de vida profesional fue capaz de dejar a la posteridad una obra construida difficilmente igualable en calidad y cantidad por cualquier otro maestro arquitecto español, estando casi, o sin el casi, a la altura de los grandes arquitectos italianos, y te aseguro, aunque ahora puedas tener dudas, que no es pasión de hijo.

Después de su desdichada muerte en 1575, durante los años en que residí en la villa de Sabiote, cercana a Úbeda, concentré mis esfuerzos en escribir un tratado de Arquitectura en el que se incluyeran algunos de los conocimientos que adquirí a su lado. Lo titulé "*Libro de traças de cortes de piedras*", y en forma de manuscrito circuló profusamente entre mis compañeros de profesión como libro de aprendizaje y manual de consulta¹². En aquel momento nunca fue mi intención homenajear a mi padre, sobre todo teniendo en cuenta cierto rencor que, aunque sin reconocerlo abiertamente, sentía en mi interior hacia él debido a alguna de sus últimas decisiones, que me afectaron profundamente. Espero que Dios me haya perdonado, pues no llegué a comprender sus verdaderas razones sino hasta veinte años después de su muerte.

Tras el regreso de nuestro viaje del año 1595 a Úbeda, y habiendo logrado con él conocer a mi padre a través de sus obras más profundamente de lo que le había conocido en vida, decidí llevar a la imprenta el "*Libro de traças de cortes de piedras*", como mayor homenaje a su figura, incluso completándolo con algunos de los sorprendentes descubrimientos realizados en el transcurso de dicho viaje. Mas fue un intento totalmente en vano. Tras numerosas e infructuosas gestiones para recuperar el manuscrito¹³, éste ya había tomado vida propia, habiendo sido copiado por otros arquitectos sin poder hacer nada por impedirlo.

Entonces, vencido por las circunstancias, me decidí por escribir este segundo libro, con el que pretendo igualmente ensalzar la figura de mi señor padre,

Andrés de Vandelvira. Como pronto verás, no se trata de una "Vita" a la manera de las que Giorgio Vasari escribió de los más grandes artistas italianos, sino la narración fiel de unos hechos extraordinarios, vividos intensamente, de los que la principal lección que se aprende al final es que analizando las obras, en este caso arquitectónicas, puedes llegar a descubrir la personalidad de su autor y sus secretos más recónditos. *"Por sus obras le conoceréis"*, parafraseando a los evangelios.

Si aquel mi primer libro de las *traças* no se llevó a la imprenta ni se llegó a publicar por mis defectos, éste que ahora tienes en tus manos no ha sido publicado ni ha circulado en forma de manuscrito por sus virtudes, fruto de una decisión personal muy meditada. Me dirás que para qué escribí un libro si no quería que nadie lo leyera. Solo en parte tienes razón, parece absurdo, pero solo leyendo este libro, único ejemplar existente, hasta el final comprenderás el porqué de esta extraña decisión. A continuación insistirás, con toda razón, y me preguntarás que si no quería que nadie leyera este libro, cómo es que finalmente éste ha llegado hasta ti, cómo es que lo tienes entre tus manos y puedes iniciar su lectura. La respuesta sigue siendo la misma, querido lector, solo leyendo el libro hasta el final podrás comprender por qué *"ha llegado la hora"*.

Por este motivo, el libro titulado *"SOMNIVM IACOB"* no viene precedido de poemas laudatorios de personajes ilustres o literatos famosos, como suele ser normal en estos casos, pues ninguno de ellos lo ha leído ni conseguirá leerlo antes de ti. Tampoco está dedicado a ningún alto dignatario, ya sea de la nobleza o del clero, para que le dé lustre y ayude a la financiación de su impresión*. No es necesario. Tan solo está dedicado a un personaje, el protagonista verdadero de este libro, mi augusto padre Andrés de Vandelvira, que como verás más adelante, está presente en todas y cada una de sus páginas a pesar de que llevaba muerto y enterrado en aquel momento más de veinte años.

Eso sí, como ves, me he permitido la licencia de preceder este prefacio de dos ilustres citas. La segunda fue escrita por una persona a la que creo que mi padre no llegó a conocer, quién sabe si me equivoco; la primera está tomada del libro que más apreció. Ambos, un pequeño fraile muerto y un gran libro anónimo, nos fueron de gran ayuda a Juan y a mí, fueron nuestros guías y acompañantes durante aquellos intensos y sorprendentes días vividos en Úbeda. Su deliciosa lectura con posterioridad a aquel viaje de dos semanas me facilitó grandemente la escritura de este libro, repitiendo sus sabias y emocionantes palabras en más de una ocasión, cuando mi torpeza intelectual no alcanzaba a encontrar las adecuadas en cada caso. Te pido perdón de antemano, futuro lector, si en algún momento te sientes cansado o abrumado por la abundancia de citas, pero créeme, al final me lo agradecerás.

Espero, que el día que consigas leer este libro, y después de ti lo lea otro, y luego otro; que cuando todos disfrutéis con su lectura, nos acompañéis nuevamente, a Juan y a mí, en este maravilloso viaje de conocimiento de un hombre.

* Como es lógico, tampoco incluye una aprobación o licencia del Consejo Real, requisito legal imprescindible para la publicación de cualquier libro de la época.

Nosotros, a su vez estaremos encantados de vernos revividos por cada una de vuestras lecturas, orgullosos de mostrároslos y guiaros en vuestro propio viaje.

Todo sea por la mayor memoria de mi señor padre, Andrés de Vandelvira, que seguro no necesitará de la glosa de tan pésimo escritor como he sido para alcanzar la fama universal. Pero como suele decirse, a aquél que se atreve a contar la verdad de las cosas, le sobran los adornos literarios y el buen estilo. Sobre todo si la verdad es tan sorprendente y maravillosa como la que estás a punto de conocer.

Él sabe que he comprendido.

En Cádiz, por Pascua de Resurrección de 1625*



Alonso de Vandelvira
arquitecto ubetense

* Alonso de Vandelvira murió entre 1626 y 1627. Por ahora, se desconoce la fecha exacta. Por tanto, este prefacio, que fue escrito con posterioridad al resto del manuscrito, tuvo que serlo como mucho unos dos años antes de fallecer.

“Quaero, pater, non affirmo: Deus meus, praeside mihi et rege me. Quisnam est, qui dicat mihi non esse tria tempora, sicut pueri didicimus puerosque docuimus, praeteritum, praesens et futurum, sed tantum praesens, quoniam illa duo non sunt? An et ipsa sunt, sed ex aliquo procedit occulto, cum ex futuro fit praesens, et in aliquod recedit occultum, cum ex praesenti fit praeteritum? Nam ubi ea viderunt qui futura cecinerunt, si nondum sunt? Neque enim potest videri id quod non est. Et qui narrant praeterita, non utique vera narrarent, si animo illa non cernerent; quae si nulla essent, cerni omnino non possent. Sunt ergo et futura et praeterita”.

San Agustín*.

*“Iano que de dos rostros guarnecido
Entiendes lo pasado y venidero,
Y como ves lo que te es ofrecido
Burlas ansi de lo que fue primero,
¿Por qué con tantos rostros te han fingido?
Por auentura es porque el hombre entero
Y sabio ha de ser tal que juntamente
Vea lo por venir y lo presente”.*

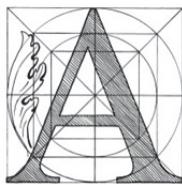
Andrea Alciato¹⁴.

* “Pregunto yo, Padre, no afirmo: ¡oh Dios mío!, presídeme y gobiérname. ¿Quién hay que me diga que no son tres los tiempos, como aprendimos de niños y enseñamos a los niños pretérito, presente y futuro, sino solamente presente, por no existir aquellos dos? ¿Acaso también existen éstos, pero como procediendo de un sitio oculto cuando el futuro se hace presente o retirándose a un lugar oculto cuando el presente se hace pretérito? Porque si aún no son, ¿dónde los vieron los que predijeron cosas futuras?; porque en modo alguno puede ser visto lo que no es. Y los que narran cosas pasadas no narran cosas verdaderas, ciertamente, si no viesen aquéllas con el alma, las cuales, si fuesen nada, no podrían ser vistas de ningún modo. Luego existen las cosas futuras y las pretéritas”. SAN AGUSTÍN: *Confesiones*. Libro XI, c. XVII. Con esta cita, Alonso parece justificar el estilo narrativo que ha decidido adoptar, pues los hechos incluso para él eran pretéritos.

I. Una carta llega a Sevilla

Viernes, 20 de octubre de 1595
Primer día, atardeciendo

“Ne non mi sento passione lethargica, Ma io seruabile tuto pure ne lo intellecto & memoratiua recentissimo tengo collocato, & de picto indelebile”.
Hypnerotomachia Poliphili*.



PENAS EL SOL ASOMA YA POR UNA RENDIJA DEL horizonte, y un cielo púrpura, recortado por la negra sombra de la colina del Aljarafe, comienza a teñir los tejados de Triana y las aguas del Guadalquivir. En unos segundos, el disco solar acaba de esconderse tras el castillo de San Juan de Aznalfarache. Desde donde me encuentro, en la puerta del almacén de maderas situado junto al camino que va del arco del puente de barcas¹⁵ a la Puerta Real, en el extremo septentrional del Arenal, veo como poco a poco las casas, las almenas y tejas vidriadas de la iglesia de Santa Ana, los barcos amarrados en ambas orillas y todo lo que hace apenas una hora refulgía con vivos colores, comienzan ahora a palidecer y a difuminar sus contornos entre la oscuridad que lenta e inexorablemente va invadiéndolo todo. La noche está cayendo lentamente, y un día más del año de Nuestro Señor de 1595 está llegando a su fin en Sevilla, una de las más importantes urbes de la tierra.

Ha sido un día de trabajo intenso en la futura Lonja de Mercaderes¹⁶, cuyas obras tengo el honor de llevar a cabo como aparejador siguiendo las trazas y condiciones del viejo maestro, lleno de achaques, Juan de Herrera, bajo la dirección del maestro mayor Juan de Minjares y el auspicio de Su Majestad don Felipe II. Por la mañana trazamos sobre el pavimento del patio el desarrollo geométrico a escala real de una de las últimas bóvedas de la crujía del lado más cercano al Alcázar de los Reyes, incluido el despiece de los sillares que la componen. Ya hay tarea para unos cuantos días dibujando en papel los patrones de cada uno de los diferentes sillares, compaginando en cada caso su forma y dimensión con la decoración geométrica de su intradós, pues en este caso, para mayor deleite artístico y dificultad técnica, la decoración labrada sigue pautas diferentes al despiece de los sillares. De este modo los entalladores no tendrán

* *“No siento en mi ninguna perturbación letárgica, sino que todo lo tengo conservado fresquísimo y pintado indeleblemente en mi mente y en mi memoria”.* COLONNA, F.: *Sueño de Polifilo*, c. VI, p. 61.

ninguna duda a la hora de labrar cada sillar en concreto.

La tarde la he dedicado a discutir con los proveedores. Vengo de encargar una partida de tablones de madera de pino procedente de los bosques de la Sierra de Segura. Llegó hace un año formando balsas de troncos navegando por el río Guadalquivir, desde su nacimiento en el reino de Jaén hasta su meta final por delante del puente de Triana. Hay que cortarle rápidamente su “invencible” vocación marinera, y retirarla para las obras de la Lonja, una vez curada y aserrada, antes de que la gente de los astilleros la acaparen para la construcción y reparación de los barcos de toda clase y condición que navegan o navegarán por todos los mares del inmenso mundo bajo pabellón español. Para nada ha servido la ordenanza que limita el Arenal, entre la torre del Oro y el puente de Triana, para el embarque y desembarque de mercancías y aquellos continúan ocupando la orilla del Arenal sin autorización.

Ya casi ha terminado el bullicio, que apenas unos minutos antes era abrumador, de estibadores circulando entre los barcos, las atarazanas y los almacenes, descargando y transportando las mercancías de un lado a otro. Recorrer el Arenal en dirección al Postigo del Aceite, la puerta más cercana para llegar a la Lonja, se ha convertido en un ardua tarea, recorriendo un laberinto de mercancías apiladas, preparadas para embarcar o recién desembarcadas, pirámides de barriles de dudosa estabilidad, materiales de construcción, montículos de trigo y otros cereales, carretas cargadas o en espera de ser cargadas, etc., y gran número de tiendas de forma cónica en las que los vigilantes se disponen a pasar la noche, intentando proteger este inmenso y apetitoso botín de las escurridizas sombras embozadas que pronto acecharán por los alrededores. Apenas si se llegan a divisar las puertas de las atarazanas a mi izquierda, y menos aún las aguas del río a mi derecha, escondidas tras las proas de los barcos amarrados, con sus cascos apretujados unos contra otros. Pero gracias al bosque de mástiles con las velas recogidas a mi derecha, la mole prismática de la torre del Oro al frente y el omnipresente campanario de la Catedral a mi izquierda, como si de hilos de Ariadna se tratara, me oriento con facilidad y consigo salir con éxito por donde me proponía, en dirección a las obras de la Lonja donde debe estar esperándome mi hijo Juan.

Debajo mismo del arco del Postigo del Aceite, se cruza en mi camino una persona de aspecto cansado, con sus ropas sucias y llenas de polvo. Parece haber viajado desde muy lejos. Detrás suyo, sujetado por las riendas, su caballo no tiene mejor pinta; sudoroso y famélico, con su cabeza gacha trata de absorber algo de humedad del pavimento. Parece que me está esperando. Se detiene delante de mí, obligándome a frenar mi marcha y me pregunta directamente:

—¿Maestro Vandelvira?

—Sí, soy yo.

—¿Es usted el maestro Vandelvira, Alonso de Vandelvira? —Insiste, desconfiando. Yo asiento nuevamente.

—Por fin. Su hijo me informó de que podría encontrarle por aquí. Vengo de Jaén. Allí me encargaron que le diera personalmente esta carta.

Conforme va hablando me hace entrega de una carta lacrada que llevaba guardada dentro del guante izquierdo.

—Pues ya has cumplido tu misión. Gracias.

—A mandar.

Una ráfaga de aire sorprende al mensajero haciendo volar su sombrero y sus largos cabellos, de tal modo que por un momento me parece tener frente a mí al propio Mercurio ejerciendo su trabajo. Nos saludamos rápidamente con la mano y sepáramos nuestros destinos. Mientras el mensajero se dirige en dirección a la casa de la Moneda dando unas largas zancadas en su afán por recuperar el volátil sombrero, sin abrir la carta y ni siquiera ver su remitente, me la guardo en un bolsillo interior de mi jubón y encamino mis pasos hacia las obras de la Lonja, donde ya veo a Juan sentado en las solitarias y silenciosas gradas que rodean el perfecto cuadrado de la planta del futuro edificio. Ese aspecto de las gradas contrasta grandemente con el que presentan durante el día, cuando los mercaderes las usan como plataforma sobre las que, a gritos, tratan y cierran sus operaciones comerciales, a la espera de ver terminado el edificio. De hecho, es gracias a esos gritos que se está construyendo la Lonja. Hace unos quince años, las protestas del cabildo de la Catedral y del arzobispo don Cristóbal de Rojas y Sandoval consiguieron que se adoptara la decisión de construirla, comenzando las obras hace doce años, en 1583. El arzobispo y el cabildo acusaron a los mercaderes de servirse de los lugares sagrados de la Catedral como sede para sus operaciones comerciales, y sobre todo que en el transcurso de esas operaciones, los gritos e improperios que se lanzaban unos a otros entorpecían la atención y la mínima devoción necesaria para el desarrollo de los actos litúrgicos propios de la Catedral. Una moderna expulsión de los mercaderes del templo, siguiendo los pasos de Nuestro Señor Jesucristo; cada uno en su casa y también, por qué no, “*quae sunt Caesaris, Caesari; et quae sunt Dei, Deo*”*.

Todavía tendrán que esperar bastantes años para verlo terminado, aunque parece que están preparando una inauguración parcial. En la actualidad, solo se encuentran construidas, y apenas terminadas en la primera planta, las dos bandas laterales de edificación que miran hacia la Catedral y el Alcázar. Ni el cuerpo central delantero, donde irá la escalera, ni el trasero, se han comenzado aún. Más parece en el estado actual que se trate de dos edificios distintos que de uno solo.

Al verme llegar, Juan se levanta raudo y se aproxima, saludándome con un sonoro beso en la mejilla.

—¿Padre, ha visto usted al hombre que le vino buscando?

—Sí; venía de Jaén, y me ha entregado una carta.

Juan ha cumplido dieciséis años y ya lleva más de dos años aprendiendo el oficio conmigo. Es mi tercer hijo, segundo con vida, pues el primero, Andrés, murió al poco de nacer. Juan es el único que quiere continuar la saga familiar de arquitectos.

—¿Será de algún pariente?

* “*Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*” (Marcos, 12,17).

—No lo sé, aún no la he abierto. Esperaré a llegar a casa y la abriré con tu madre.

Todos los trabajadores de la fábrica de la Lonja se han retirado ya a descansar. La noche se está cerrando. La obra se encuentra totalmente vacía y silenciosa, al igual que todo su entorno. No se ve a nadie deambular por los alrededores, aunque nos encontramos en el centro vital de la ciudad, entre la Catedral, el puerto y el Alcázar de los Reyes. A pesar de ello, o precisamente por ello, comienza a no ser seguro andar por las calles. Rodeo a Juan con mi brazo alrededor de sus hombros y nos dirigimos hacia la casa. No está lejos. Tengo una casa de mi propiedad en la colación de Santa María, muy cerca de su campanario, que sobresale majestuosamente por encima del caserío. Su elegante veleta, que gira levemente y de forma muy suave en torno a su eje, despidiendo vez en cuando algunos destellos provocados por la luz de la redonda luna, ligeramente menguante, que se alza a nuestras espaldas sobre las murallas del Alcázar. La misma que hace dos noches fue plena y que durante un tiempo, ya de amanecido, quiso esconderte recatadamente de la vista de los mortales, siguiendo el sabio juego de las esferas celestes que ya descifraron los antiguos sacerdotes egipcios¹⁷.

Puedo decir que soy uno de los que mejor conocen las vicisitudes de la construcción del cuerpo de campanas de la Catedral, sobre el alminar de la antigua mezquita. Se construyó entre los años de 1561 y 1565, hace ya treinta años, coincidiendo con mi etapa de aprendizaje, aquí en Sevilla, junto a su maestro mayor Hernán Ruiz II, al que conocí mi padre cuando vino a concursar por esa misma maestría y al que apreciaba mucho. En la actualidad las obras de la Catedral continúan de la mano de su maestro mayor Asensio de Maeda. Es lo que trae consigo querer hacer una Catedral tan grande, que parece que no se termina nunca¹⁸.

—¿Qué, hijo, cómo se ha dado el día? —le pregunto mientras nos encaminamos hacia la casa.

—Bien —me sonríe— después que usted se fuera, me pusieron a desbastar una piedra hasta darle la forma aproximada de una de las dovelas de la nueva bóveda.

—¿Obtuvieron ya el *baibel*¹⁹?

—¡Oh, sí!, fue lo primero que hicieron los oficiales cuando usted se fue. Han fabricado varios en madera para los diferentes entalladores.

—¿Te han enseñado a manejarlo? —Pregunto sorprendido.

—Aún no, pero es fácil viendo como lo utilizan los entalladores —Juan alardea de su sagacidad—. Se toma el *baibel*, y con el lado recto, se apunta siempre a donde teóricamente está el centro de la bóveda, siguiendo el radio. De esa forma, una marca en el lado recto te indica el espesor que hay que darle a la piedra, que es el espesor de la bóveda, y el lado curvo la curvatura que deben tener la cara interior de la dovela, la que luego quedará vista, y la anchura de la hilada, que será la misma para todas las dovelas. Así encajarán perfectamente y completarán la superficie esférica de la bóveda, sin que muestre panzas o cual-

quier otra deformación.

—Por cierto, ¿cómo van esas manos? —Cojo sus dos manos con las mías y tiento las durezas que comienzan a surgirle en las palmas y en los dedos.

—¡Oh, sin problemas! No tenga cuidado; hace ya una semana que dejaron de salirme vejigas.

—Estupendo. Ya vas teniendo unas manos propias de un arquitecto. Eso se consigue fácil y rápidamente. No verás a un arquitecto con manos suaves y delicadas. Para terminar de formar el cuerpo te bastarás tú solo. Pero para darle forma a la cabeza, que es lo más importante, necesitaremos algo más de tiempo y dedicación.

—¿Cuándo me va a enseñar, padre, las diferentes columnas y sus capiteles, a distinguir las diferentes partes de un orden Jónico o de uno Corintio, a diseñar una iglesia o un palacio? —Juan no oculta su ansiedad por aprender.

—Tranquilo. Todo a su tiempo, no quieras empezar la casa por el tejado. No podrás saber nada de las columnas y sus órdenes si antes no sabes lo que es un diámetro o un radio, y no podrás diseñar y construir bellos edificios si no conoces el teorema de Pitágoras o el de Tales. Las casas se comienzan por los cimientos, y por ahora debes centrarte en el dibujo, en las matemáticas y en la geometría, que son los cimientos de tu formación como arquitecto.

Hemos llegado a la casa, entramos, y mientras atranco por dentro la gruesa puerta de madera tachonada, desde el zaguán le grito a Juan, que ha salido corriendo escaleras arriba hacia su alcoba:

—¡Juan, no olvides hacer tus ejercicios antes de cenar!

La casa familiar no es muy grande, pero sí cómoda y muy bien acondicionada. Dispone de un pequeño patio cuadrado, con cuatro columnas toscanas en las esquinas que soportan una galería sobre vigas y zapatas de oscura madera. Las habitaciones se distribuyen alrededor del patio, y una escalera situada al fondo da acceso a la planta alta. Detrás hay un pequeño corral, con un establo para los animales.

Parece que Ana²⁰ está en la cocina, preparando la cena. Le oigo hablar con nuestra hija menor, Luisa, una hermosa mujercita de quince años, un año menos que Juan. Le pusimos ese nombre en memoria de mi madre, Luisa de Luna. Ha salido completamente a su abuela en belleza y disposición. Al entrar en la cocina, Luisa se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Buenas noches, padre.

—Hola Luisa, hola Ana.

Mientras Luisa continúa poniendo la mesa, entrando y saliendo de la cocina, leuento a Ana que hoy he recibido una carta de Jaén.

—¿De alguno de tus hermanos? —Pregunta Ana— Hace tiempo que no tenemos noticias tuyas.

Saco la carta, leo por fin el remitente, y sorprendido, me quedo en silencio un buen rato, atónito. No sé qué contestarle, pues ha sido muy grande la sorpresa que me he llevado al conocer la persona que me escribe.

—¿Alonso? La carta, ¿es de tus hermanos?

—No, no es de ningún pariente mío ni tuyo —le contesto con frialdad.

Vuelvo a guardarla en el jubón rápidamente, como si la dichosa carta me quemara en las manos, ante el regreso de Luisa y sobre todo de Juan, que ha entrado corriendo en la cocina.

—¿Qué hay para cenar? —pregunta Juan ansioso en voz alta.

Veo de reojo cómo Ana se sorprende por mi respuesta evasiva, pero como si intuyera que algo no va del todo bien no insiste más y continúa en silencio con lo que estaba haciendo.

—Venga, vamos todos a la mesa, que se enfriá la comida.

—¿Ha venido ya Alonso²¹? —pregunto procurando cambiar de tema. Ana, aliviada, me responde:

—Aún no, y no creo que hoy regrese a casa pronto.

Finalmente, nos sentamos los cuatro a la mesa y nos disponemos a cenar. Un silencio sepulcral inunda toda la estancia, prolongándose más allá de la breve oración musitada por Ana, como si nadie quisiera ser el primero en pronunciar la primera palabra. Con nuestras cómplices miradas encontradas, Ana y yo nos decimos que debemos posponer la apertura de la carta hasta que nos encontramos solos en nuestra alcoba. Por fin, Luisa, que parece estar en la luna, inocente de toda la tensión que bulle en el ambiente, bromea con su hermano Juan sobre el estado en que se encuentran las palmas de sus manos, pero éste no le contesta, ignorándola por completo.

Juan parece estar más atento a lo que vayamos a decir Ana o yo, a los gestos que nos intercambiemos, como si supiera o intuyera de la carta más de lo que me ha hecho creer.

¿Le habrá contado el desconocido
mensajero a Juan el nombre
del remitente de la carta
procedente
de Jaén?

Notas y comentarios a SOMNIVM IACOB

PRÓLOGO

¹ BATTISTI, E.: *En lugares de vanguardia antigua*, p. 9.

² CHILLIDA, E.: *Chillida-San Juan de la Cruz*.

³ *Testamento e inventario de bienes de Andrés de Vandelvira. Otorgado en Jaén a 16 de abril de 1575, ante Francisco Sedeño, escribano público de esta ciudad.* CHUECA GOITIA, F.: *Andrés de Vandelvira, arquitecto*, p. 391.

⁴ SERLIO, S.: *Todas las obras de Arquitectura y Perspectiva*. Tomo 2, p. 86.

⁵ MOLINA NAVARRETE, R.: *Nueva Guía de Úbeda*. Prólogo. “Úbeda: Dama de Sueños” es también el título de una obra de teatro del mismo autor, estrenada el 30 de diciembre de 1984.

PREFACIO

⁶ Juan de Yepes, conocido como Juan de la Cruz, continuaba siendo "oficialmente" tan solo un simple fraile muerto mientras vivió Alonso. Pasaron bastantes años hasta que fue beatificado por el Papa Clemente X, el 25 de enero de 1675, y finalmente canonizado por Benedicto XIII, el 27 de diciembre de 1726. Sus escritos no se publicaron en vida. La primera edición de los escritos de San Juan de la Cruz se publicó en 1618 en Alcalá de Henares. Al parecer, Alonso los conoció y estudió por esta primera edición, pues no pudo haberlos leído durante su estancia en Úbeda en 1595. La cita está tomada de la Poesía XIII. *Para venir a gustarlo todo. Versos que se escriben en la Subida del Monte y son programa y “doctrina para subir a él”*. SAN JUAN DE LA CRUZ. *Obras completas*, p. 89.

⁷ Alonso parece estar haciendo referencia a la Bucólica IX, 51: “*Todo lo roba la edad, la memoria también*”, traduciendo el término *animum* como memoria. VIRGILIO: *Bucólicas*, p. 229.

⁸ En el folio 50 del libro primero de bautizos, de 1513 a 1585, de la extinta pa-

rroquia de Santo Tomás de Úbeda se encuentra la partida de bautismo de Alonso de Vandelvira: “*En diez dias del mes de febrero de quarenta y quatro fue tornado Xristiano Alº fijo de Valdivira fueron compadres el camarero Vago y la muger de Alº Ruiz cantero vecino en San Ysidro*”. Firma el asiento el prior don Juan García Rox. TORRES NAVARRETE, G.: *Alonso de Vandelvira, un ubedí ilustre*. Por tanto, en el año en el que transcurren los hechos narrados, 1595, contaba con 51 años de edad.

⁹ Andrés de Vandelvira murió en Jaén entre el 17 y el 19 (más probable el primero) de abril de 1575.

¹⁰ “*Sciencia de architectura*”. Así la define Alonso al comienzo de su tratado sobre cortes de piedra. BARBÉ-COQUELIN DE LISLE, G.: *El Tratado de Arquitectura de Alonso de Vandelvira*. Tomo II, folio 3 r.

¹¹ Alonso se refiere al bisabuelo de Juan por la rama materna, Francisco de Luna, padre de Luisa de Luna, su madre, junto al que se formó Andrés de Vandelvira. Francisco de Luna siempre apreció y quiso a Andrés, como así lo hizo constar en su testamento: “... a mi amado hijo Andrés de Vandelvira ruego que mire por mi muger e hijas y se aya con ellas como madre y hermanas verdaderas como yo lo confío del”. ROKISKI LÁZARO, M. L.: *Arquitectura del siglo XVI en Cuenca*, en VV. AA.: *Andrés de Vandelvira. V centenario*, p. 109.

¹² El libro permaneció inédito hasta el siglo XX. La primera vez, y única, que ha sido llevado a la imprenta fue en el año 1977, cumplidos dos años del cuarto centenario de la muerte de Andrés de Vandelvira, verdadero inspirador de la obra. Se han conservado dos copias o versiones manuscritas del tratado, aunque sin duda fueron más las realizadas. La primera, realizada por Felipe Lázaro de Goiti en el año 1646, formaba parte de la biblioteca de Felipe V y actualmente se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid. La segunda, por Bartolomé de Sombigo y Salcedo, maestro mayor de la catedral de Toledo, hacia 1671. Ambas parecen versiones preparadas para ser llevadas a la imprenta, aunque ninguna de ellas lo consiguió, siguiendo la misma suerte del original. La interpretación del libro, excesivamente compleja incluso para los técnicos actuales, entre los que me incluyo, fue llevada a cabo de forma magistral por José Carlos Palacios.

¹³ El 22 de agosto de 1596, desanimado y molesto por la tardanza, Alonso se vio obligado a dar un poder para intentar recuperar su manuscrito a Diego López y Pedro González para que pudiesen “*pedir, recibir y cobrar de Juan de Herrera, arquitecto mayor de Su Magestad, o de Francisco de Mora, ansimismo arquitecto mayor de Su Magestad, y del licenciado Juan de Vega, hermano de Juan de Valencia, criado del Rey, o de otra cuaquier persona en cuyo poder estu-*

biere, un libro escripto de mano, que trata de arquitectura y cortes de piedras, que yo dexé en poder del dicho Juan de Balencia, difunto". CRUZ ISIDORO, F.: Alonso de Vandelvira, p. 54.

¹⁴ Se trata del epigrama del emblema de Alciato titulado "Los prudentes". ALCIATO, A.: *Los emblemas de Alciato, traducidos en Rimas Españolas por Vernaldo Daza Pinciano*, p. 161 del facsímil.

I. UNA CARTA LLEGA A SEVILLA

¹⁵ Está refiriéndose, obviamente, al puente de Triana, controlado por su lado occidental por el Castillo de la Inquisición. Debido a las importantes y frecuentes avenidas del río Guadalquivir, Sevilla solo ha tenido un puente, el de Triana, hasta bien entrado el siglo XX. Y un puente estable, únicamente desde 1852, cuando se construyó el actual puente de Isabel II, sustituyendo al puente de barchas construido en 1170 por el emir Abud Yacub Yusuf. Hacia 1629 existió un proyecto para un puente de piedra, diseñado por Andrés de Oviedo, que estaría situado al final del puerto fluvial actual, que nunca llegó a realizarse.

¹⁶ Actual Archivo de Indias. Alonso fue nombrado aparejador de la lonja el 15 de noviembre de 1589, trabajando a las órdenes de Juan de Minjares. A la muerte de éste pasó a ser maestro mayor, en febrero de 1600. CRUZ ISIDORO, F.: *Alonso de Vandelvira*, p. 65-66.

¹⁷ Luca Pacioli escribió, en 1498, al destacar a la vista como el principal de los sentidos: "...al ver los sacerdotes egipcios un eclipse de luna quedaron grandemente admirados y, al buscar la razón de tal suceso, encontraron, con ciencia verdadera, que el mismo ocurría por la interposición de la tierra entre el Sol y la Luna, con lo cual quedaron satisfechos...". PACIOLI, L.: *La divina proporción*, p. 32. Según los calendarios perpetuos astronómicos, el 18 de octubre de 1595, a las 7 horas y 38 minutos de la mañana, se produjo un eclipse total de luna.

¹⁸ La actual catedral, que sustituyó a la primitiva mezquita-catedral, fue acordada erigir por el Cabildo en el año 1401: "que se haga otra iglesia tal y tan buena, que no haya otra sin igual". En las supuestas palabras de un canónigo, a la salida de la sesión del Cabildo: "hagamos una iglesia que los que la vieran acabada nos hagan por locos". MORENO MENDOZA, A.: *Sevilla*, p. 16. Aunque la principal etapa constructiva es la de los siglos XV a XVII, los últimos elementos construidos lo fueron en el XIX y hasta bien entrado el siglo XX. La portada de la Concepción, que se abre al patio de los naranjos, se construyó entre 1895 y 1927. MORALES, A. J., SANZ, MARIA J., SERRERA, J. M., VALDIVIESO, E.: *Guía artística de Sevilla y su provincia*, p. 27-30.

¹⁹ Se trata de una escuadra realizada en madera que sirve para obtener la curvatura interior de los arcos y la concavidad de todo tipo de bóvedas y espacios cupuliformes. Es un instrumento fabricado específicamente para la pieza que se esté construyendo. PALACIOS, J. C.: *Trazas y cortes de cantería en el renacimiento español*, p. 18.

²⁰ Ana Antolínez y Melgarejo, nacida en Sabiote (Jaén), casó con Alonso de Vandelvira en esa villa hacia el año 1571, unos tres años después de la muerte de su suegra Luisa de Luna, a la que no llegó a conocer. Era hermana de dos regidores de la villa de Sabiote, de los que fue compañero Alonso como regidor y alcalde. Existe cierta confusión con su nombre; en los diversos documentos donde se cita se suele omitir la conjunción *y* o se sustituye por la preposición *de*, o se cambia Antolínez por Antolina (versión femenina para indicar “hija de”). TORRES NAVARRETE, G.: *Alonso de Vandelvira, un ubedi ilustre*. CRUZ ISIDORO, F.: *Alonso de Vandelvira*, p. 39. ORTEGA Y SAGRISTA, R.: *La familia de Andrés de Vandelvira*.

²¹ Alonso es el hijo mayor del matrimonio de Alonso y Ana. Nació en 1577, por lo que en este momento ronda los 18 años. No obstante no es el primogénito. Como ha contado el propio Alonso poco antes, el matrimonio tuvo primariamente otro hijo, al que llamaron Andrés como su abuelo, pero murió a los pocos meses de nacer, todo ello el mismo año 1575 en que murió Andrés de Vandelvira. Apenas existen datos sobre su corta vida.